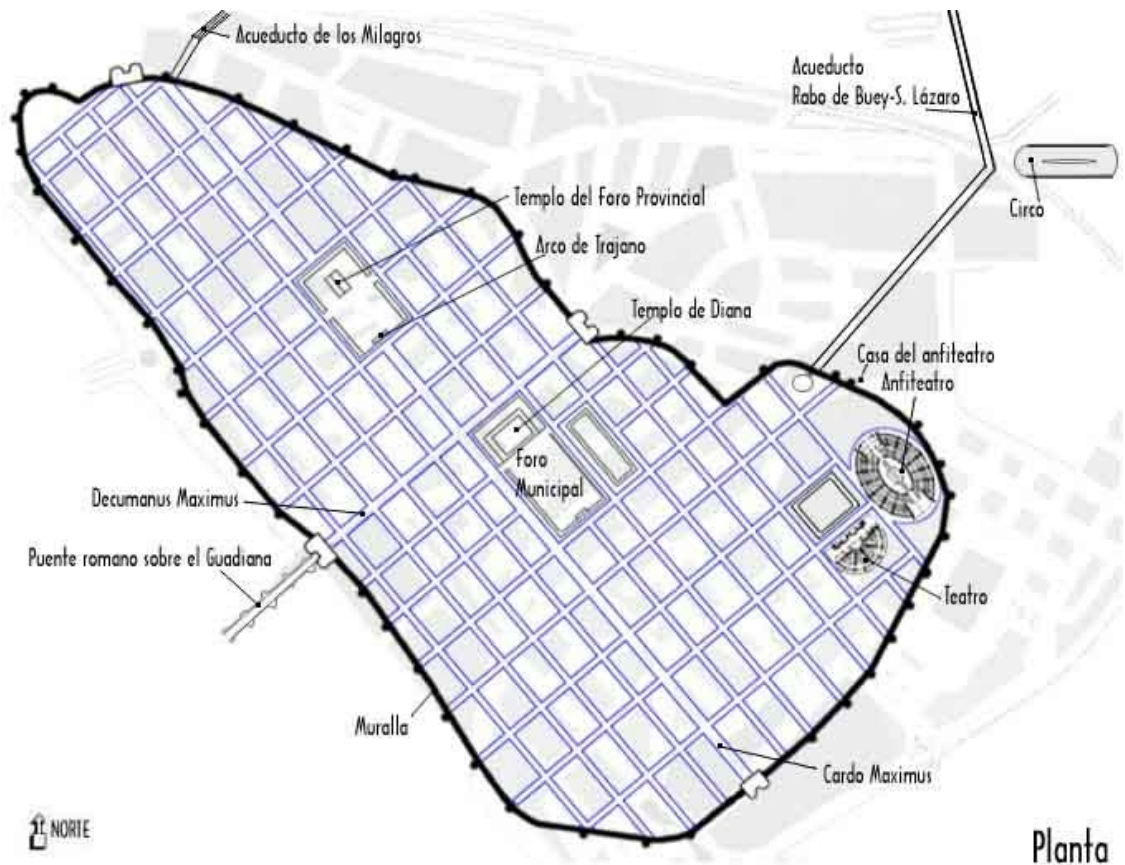


David Gordillo Salguero

2º Bach. Cº

TÍNTES DE SANGRE



Los primeros rayos de Sol hacían su aparición por el horizonte, bañando con sus destellos dorados las tímidas aguas, aun tranquilas, del Río Anas. La calma reinaba en nuestra bella ciudad, Emérita Augusta. La suave brisa de la mañana acariciaba mi suave tez, como si de un fino paño de seda se tratase, que cincelaba mi cuerpo. Las gotas de rocío impregnaban las ramas de los árboles, que lucían un manto verdoso, característico de la primavera. El frío se apoderaba de todas las estancias de la domus, impidiéndome conciliar el sueño. Todo ello era señal inequívoca del nacimiento de un nuevo día, un día que jamás olvidaré.

Era postridie kalendas maii (2 de mayo), y nuestra ciudad se llenaba de colorido para celebrar la festividad de la Floralia, en honor a Flora, diosa de las flores, los

jardines y de la primavera; que simbolizaba la renovación de la vida. Recuerdo perfectamente que esa mañana me costó horrores levantarme. Lidia, nuestra criada, a la que guardaba un cariño especial, entro en mi cubiculum para despertarme, tal y como hacia todas las mañanas. Era una mujer dulce y afable, que cuidaba de mí como si yo fuera su propio hijo. Su piel era morena, y sus facciones eran rudas y toscas, fruto de una infancia casi inexistente, dedicada a las duras labores de la tierra, y más tarde, encomendada a trabajar para mi familia. A pesar de su condición, vivía feliz junto a nosotros, y se mostraba muy agradecida a mis padres, quienes la consideraban una más de la familia. Baje las escaleras hasta el triclinium, donde me esperaban mis padres para el ientaculum (desayuno), con el que reponer fuerzas. Me senté alrededor del tablinium. Mi padre me miró y me dijo:

- Lucius Casius Scapula, me sorprende de lo rápido que creces; te estás haciendo todo un hombre-me sonrió. Hoy es un día especial para el futuro de nuestra bella ciudad. Entiendo que ahora no comprendas nada de lo que te digo, pero con el transcurso del día comprenderás de lo que hablo.

Le lancé un guiño en señal de afecto. Era visible nuestra compenetración.

- Confió en ti tanto como en mi mismo; eres un chico inteligente y tan valiente como el propio Hércules, aunque tan cabezota como tu madre-soltó una leve carcajada y me guiño el ojo-Sólo quiero que sepas que si un día no estoy en esta casa para cuidaros, me prometas que cuidarás de nuestra familia. Recuerda, los pactos entre hombres jamás han de romperse.
- Juro por Júpiter que así será. Usted me lo ha enseñado así, nunca defraudaré nuestra palabra.

- No esperaba menos de un chico como tú.

Entró en la habitación Lidia. Y con voz asqueada me dijo:

- ¡Ahah, estás ahí! Debes apresurarte, saldremos de un momento a otro. Sube rápido, debes arreglarte.

Antes de que respondiese, mi padre intercedió en la conversación y entonó un mea culpa.

- Sin duda ha sido culpa mía. Perdónele Lidia. Anda chico date prisa; tu madre te espera.
 - ¿No nos acompañas?-dije.
- Me es imposible, debo quedarme redactando unos documentos, he de acudir a la Asamblea. Como ya te dije, hoy es un día especial- tras decir

esto, su cara se tornó en un semblante serio, agudizado por la completa oscuridad en la que estaba inmerso.

Me sentí profundamente orgulloso de él, Quintus Casius Scapula. Sabía que era un hombre comprometido con los intereses de la ciudad. Ocupaba un alto cargo en el gobierno de Emérita Augusta, formando parte activa de la vida pública; su labor política era intachable. Era una de las personas más importantes e influyentes de la ciudad; y sin duda alguna, era un referente para mí.

Subí ágil las escaleras que conducían a la parte superior de la casa, donde me esperaba Lidia y mi madre. Me coloqué la túnica, que tiempo atrás mi madre había mandado confeccionar a uno de los talleres de costura más afamados de toda Hispania. Era un túnica de lino, suave como la piel de un bebe, corta, que dejaba ver mis rodillas. La túnica, de un color blanco inmaculado, estaba adornada con bellos trocados de color verde, en los que se entrelazaban motivos geométricos bordados con gran maestría. Un estrecho cinturón ceñía mi cintura. Por último, me coloqué unas sandalias de color oscuro, realizadas en cuero, y salí al encuentro de mi madre, ella se llamaba Claudia Casia Scapula. Al verla no pude evitar asombrarme, estaba preciosa.

Su pelo moreno caía sobre sus hombros con gran delicadeza. Lucía una diadema dorada que realzaba su piel morena. Su figura no era menos bella que la de Afrodita. Engalanada con una hermosa túnica púrpura, que rebosaba vitalidad por cada costura. Estaba realzada con unas pequeñas orlas doradas y ricas franjas de oro y plata, que precedían al corpiño. Sus brazos y piernas lucían pulseras de oro. Sus manos lucían fastuosos anillos en plata. Su olor, me quedó prendado y sin habla. Debía de ser la mujer más hermosa de todo el Imperio.

Salimos a la calle, en dirección al templo de Diana situado en el Foro, a no mucha distancia de nuestra casa. Las calles estaban adornadas con flores de lirio en tonos suaves, predominando el violeta y el rosado, que destacaban sobre el mármol blanco de los grandes edificios, estilizados por enormes columnas de fuste acanalado de orden jónico. El espíritu festivo colmaba todos los confines de la ciudad. Todos sonreían y danzaban entonando cantos alegres y leves elogios a Flora, que volvía a llenar los campos de vida, tras el duro y frío letargo invernal. Conseguimos hacernos paso entre el gentío que agolpaba las calles, y accedimos por fin al templo de Diana. Como era de esperar, yo me quedé en la entrada a esperar el regreso de mi madre, que entró a entregar una ofrenda a la diosa Diana, cosa que siempre hacía al aproximarse fechas especiales en el calendario. Mientras, yo miraba absorto el ir y venir de las gentes. Mi mirada permanecía fija en un puesto de fruta, especialmente en unas jugosas manzanas que habían llamado mi atención. El ruidoso murmullo casi no dejaba oír el dulce sonido del agua al caer de la fuente cercana al templo. Sentí mi garganta seca, por lo que me aproxime a beber. De repente, próximo a mí avanzaba con ágil paso una litera portada por seis esclavos, que mostraban síntomas de un acusado desgaste físico. Sin previo aviso, detuvieron su paso frente a la fuente, donde

los esclavos lograron refrescarse. El velo o tela que cubría la litera se entreabrió y pude ver el rostro de Valerio Máximo Cinna, hijo del noble legado Cayo Máximo Cinna, gobernador de la provincia romana de Lusitania. Al contrario que su padre, Valerio era un ser arrogante, despreciable, prepotente y desalmado que tenía grandes pretensiones de ocupar el cargo de su padre, contando con su beneplácito y del cónsul. Gran parte de ciudadanos se oponían a su toma de poder, contando entre ellos a mi padre. Temían que rompiese la felicidad y la prosperidad que había acompañado a la ciudad desde su fundación. Estaba claro que su gobierno sería un claro período de decadencia, nada hablaba en su favor; y en su llegada al poder debía de hacer frente a una dura oposición que evitaría a toda costa su vertiginoso ascenso en la escala política. En esos momentos, recordé de forma fugaz la frase que mi padre me dijo antes de salir de la casa: “Hoy es un día especial para el futuro de nuestra bella ciudad.” Le di mil vueltas a esa frase. ¿A qué quiso referirse pensé? Era evidente, que el juramento del cargo por parte de Valerio era inminente, y por qué no podía llevarse a cabo hoy. Pero la duda me rondaba la cabeza, mi padre se oponía radicalmente a su ascenso al poder, ¿por qué entonces dijo que sería “especial”, si se supone que sería un día negro para nuestra historia? No llegaba a comprenderlo y cesé en mi esfuerzo.

De pronto escuche una voz familiar:

- ¡Lucius!- gritaba Lidia.
- Estoy aquí-le dije alzando mi voz.
- No te entretengas más, debemos marchar. ¿Recuerdas?

¡Es verdad! Había olvidado que mi madre me dijo días atrás que íbamos a asistir a una representación teatral. Esa especie de eventos no suscitaban en mí gran ilusión, pues lo que a mí verdaderamente me apasionaba eran las carreras de cuadrigas en el circo, especialmente ver correr a Diocles, que sobre sus dóciles caballos criados en Hispania se alzaba con la victoria en cada una de sus disputas; o ver como impetuosas fieras lanzaban rápidas investidas sobre los gladiadores, que aguantaban heroicamente la lucha con tan fieras bestias venidas de los confines del Imperio. En cambio, el teatro no me agradaba mucho; en especial las tragedias, pues me parecían aburridas; y es que eso de ver como una serie de personajes danzaban y cantaban, sin hallar consuelo, sus penas a los dioses, como que era algo bastante aburrido. A pesar de ello, mis padres insistían en que fuese, decían que me ayudaría en mi formación como persona culta e inteligente. Aun así yo me sentía la persona más estúpida que ocupaba aquellas filas. Lo que sí me gustaba del teatro eran las comedias. Con ellas sí disfrutaba y me reía viendo como los personajes se daban golpetazos unos contra otros, hacían chistes, se burlaban de personajes famosos,...

- ¡Lucius!,-volvió a llamarme Lidia-¿en qué estas pensando, muchacho?
Rápido, tenemos prisa.

Nos paramos a comprar fruta fresca y pescado en las tiendas anexas al foro; y volvimos a nuestra casa de nuevo. Aun recuerdo el olor del pescado, ¡pufs, qué pestazo!. Al entrar en casa nuestro vi como mi padre divagaba de un lado a otro de la casa, parecía estar nervioso, como si tuviese algo entre manos, algo importante. Me quedé mirándolo con cara de asombro, ¿qué le pasaba? ¿En qué estaba pensando? No era común en él, normalmente se mostraba como una persona segura de sí misma, y ahora estaba hecho un manojo de nervios; sus piernas y brazos se agitaban exasperadamente, imitando el contoneo de una serpiente dispuesta a atacar. En esos instantes, una mano me empujaba hacia el jardín, alejándome de la figura exhausta de mi padre. Allí, me dispuse a jugar como hacía siempre, a la espera de la hora comer.

Andaba distraído en mis juegos, cuando oí una voz desconocida para mí que conversaba con mi padre. Las voces no eran nítidas, no pude entender claramente lo que decían; de modo que, sin soltar el caballito que sostenía en mi mano derecha, me acerqué sigilosamente a la puerta del despacho de mi padre que estaba entreabierta.

Allí pude escuchar su conversación.

- Nada puede fallar, todo sigue el plan previsto- decía aquel extraño hombre a mi padre.
- Ponemos mucho en juego, incluso nuestras propias vidas-dijo él- pero la causa lo requiere, debemos eliminarle. No podemos permitir que su tiranía corrompa a nuestros hijos. Nuestra obligación es abogar por los deseos y necesidades de los ciudadanos, y hemos de cumplir nuestro juramento, aunque nos cueste la propia vida.
- Estoy de acuerdo-dijo mi padre- No debemos cometer ningún fallo, por insignificante que sea, podrían descubrirnos. Somos fieles servidores al imperio y al pueblo romano, no debemos permitir que se ultraje el buen nombre de Roma.
- Créeme, nuestra acción es heroica, y será agradecida por el pueblo y aceptada por los dioses.
- Que así sea- respondió enérgicamente mi padre.
- Bueno, he de marcharme, tanto hablar me ha agudizado el hambre. Hazme caso, deja de atormentarte, todo va a salir bien, no hay nada por lo que temer- dijo aquel hombre.

Estrecharon sus manos, e intercambiaron una mirada que infundía un respeto enorme. Aquel hombre misterioso susurró a mi padre algo que fui incapaz de oír; y justamente después entregó un trozo de papiro, que guardó en uno de los cajones de su scriptorium, y sacó de él una bolsa repleta de monedas de plata. Me aparté de la puerta y disimuladamente volví al centro del atrio a continuar con mis juegos

infantiles, para no hacer sospechar nada. En ágil movimiento reflejo, volví la cara y pude ver el rostro de aquel hombre. Destacaba en él una leve cojera, que trataba de disimular, y una enorme cicatriz que marcaba su cara de oreja a oreja. Sus facciones eran toscas, sus cejas pobladas y su nariz afilada como el pico de un águila. Creo que me será difícil olvidar su rostro. Con la misma rapidez que con la que volví la cara para fijar mi mirada en él, volví a girar mi cabeza y continuar con mis juegos. Vi como se alejaba lentamente por el pasillo hacia la calle. De pronto escuché la voz de Lidia, que me llamaba para sentarme a comer junto a mis padres en el triclinium.

No tenía demasiado apetito, aun así comí copiosamente. Tomé un trozo de pan y vertí sobre él unas gotas de aceite, que acompañé con un trozo de pescado.

- Normal que crezca a pasos agigantados-dijo mi padre-. Veo que nada sacia su apetito, se convertirá en un chico fuerte, de eso estoy seguro.

Sonreí, al igual que lo hizo mi madre. Con esas palabras mi padre rompió la relativa calma que presidía la mesa.

- Deja que el chico coma. Está en edad de crecer, y debe convertirse en un hombre sano y fuerte, al igual que su padre-dijo mi madre acariciándome la tripa, hinchada tras la comilona.

Terminamos de comer. Era ya la hora V, y nos dispusimos a reposar un rato la comida y descansar, hasta la hora VI en la que marchamos hacia el teatro situado en el ala este de la ciudad, junto al anfiteatro. El ir y venir de personas se había multiplicado, era un ajetreo incesante, pues la gente esperaba con gran entusiasmo la nueva comedia de Plauto: *Miles gloriosus* 'El soldado fanfarrón'. Sonaba bien, se preveía divertida. Sin duda, Plauto sabía como despertar la risa a los asistentes a su obra, por ello, sus obras gozaban de gran fama y eran acogidas por el público con gran fervor. Antes de acceder a la cávea por los vomitorios, mi padre se acercó a atender a los más distinguidos soldados y generales de la provincia, con los que guardaba una relación no muy fluida pero sí cordial. A su lado, Valerio, que intentando guardar las diferencias, estrechó la mano a mi padre, quien no cesaba de lanzarle una mirada desafiante, símbolo del descontento y del enorme desprecio que sentía hacia él. Sin más demora, tomamos asiento en la inma cávea, lugar destinado a las clases más pudientes entre las que nos encontrábamos nosotros. Por encima nuestra, la media cávea destinada al público en general. Y, por último, por encima de ésta, la suma cávea, donde se sentaban las clases menos pudientes de nuestra sociedad. Estábamos prácticamente pegados a la orchestra, y muy cerca de la tribuna, donde se sentaban las máximas autoridades.



DAS THEATER DES POMPEJUS MIT DEM TEMPEL DER VENUS VICTRIX. VON AD. SCHILL.

Observe asombrado el magnífico pórtico engalanado con dos pisos con esbeltas columnas corintias que soportaban el peso del entablamento, que en la parte superior culminaba en pequeñas estatuillas. Éramos unos auténticos privilegiados, el teatro era uno de los más hermosos que se alzaban en todo el Imperio Romano. No cabía la menor duda de que la civilización romana dominaba con gran maestría la piedra y el mármol que hacía posible esos fastuosos edificios. Dominábamos la técnica de la arquitectura con una excelente precisión.

Los actores, que lucían ricos tocados y máscaras que impedían ver su identidad, aparecieron en el proscenio a través de los aditus o vomitorios. La obra transcurrió entre risas y aplausos, he de decir que fue un completo éxito, el público no paraba de elogiar el extraordinario papel de los actores. Mantuve la atención fijada en uno de los actores. Note que cojeaba, levemente, pero cojeaba, al igual que lo hacía aquel extraño hombre que horas atrás se había reunido con mi padre en nuestra casa. Los actores se quitaron sus máscaras y dejaron ver sus identidades, salvó él, que no quiso mostrar su rostro. ¿Acaso tendrá algo que esconder? -me pregunté. Era sospechoso.

En ese momento, los actores llamaron a escena a Valerio, que se levantó de su asiento y se dispuso a subir hacia el proscenio. Era visible su alegría, pues esto era un gesto que mostraba el cariño del pueblo hacia su persona, o al menos eso pensaba, pues no era más que pura cortesía, pues era él el que había corrido con los gastos de la escenificación. Seguidamente, tras dedicar la obra a Valerio, éste se retiró junto a los actores a la estancia que había tras el proscenio para hablar sobre varios aspectos de la obra. La gente se disponía a salir moderadamente y a desalojar la estancia cuando un grito quebró el gélido aire de la noche que empezaba a abrirse.

- ¡Traidor!-salió el grito de una voz desgarradora, pero difícil de reconocer de quien era.

Este grito precedió a un caos horrible, la gente corría despavorida hacia la salida sin saber muy bien lo que estaba ocurriendo. Como ya he dicho el orden precedió al caos. Al contrario que la mayoría de los presentes permanecimos quietos ante dicho suceso. Nos acercamos rápidamente a la escena donde creíamos que estaba sucediendo todo; y fue allí donde pudimos cerciorarnos de todo.

Clavada en el pecho de Valerio una daga, que había abierto una profunda herida por la cual no cesaba brotar la sangre que manchaba de un color rojizo la túnica que minutos antes lucía impecable.

Mi padre miraba impasible la figura desfallecida de Valerio, mientras, yo me acogía a los brazos de mi madre en sollozos. Su guardia personal no tardó en hacerse presente en la escena. Contemplé por última vez el cuerpo moribundo de aquel hombre que hace unos instantes se crecía victorioso ante el vulgo, y ahora se debatía entre la vida y la muerte. Estaba consternado, nunca había visto morir a una persona y menos en aquellas circunstancias. Agaché la cabeza, pero un escabroso estruendo me hizo erguirla de nuevo. Giré mi cuerpo y vi la silueta de un hombre, la cual reconocí con aquel actor reacio a mostrar su identidad, como su cojera que se agudizaba por momentos. Sus vestimentas estaban ahora rasgadas y manchadas de sangre. Sujetaba en su mano izquierda una daga manchada de sangre. No había otra posibilidad, no había motivo de duda, era él el asesino. Corría lo más rápido que podía y que le permitía su cojera. Nada hacía cesar su ritmo, hasta que desafortunadamente tropezó con el canto de una piedra, cayendo súbitamente al suelo. Aprovechando ésto, la guardia se abalanzó sobre él sin ofrecerle tregua. Ahora su rostro se mostraba libre de máscara, y es cuando...

- ¿Cómo no lo había pensado?-me exalté-Claro, era él. Todo me llevaba a pensarlo. ¡Que idiota! Debía haberseme ocurrido antes.

Mi voz se desquebrajaba por momentos. Era incapaz de articular sonido alguno. Me recorrió un escalofrío que se apoderó de mi cuerpo. Sentía un miedo que me hizo permanecer perplejo, estaba frío como un témpano.

- Ha estado delante de mis ojos-me repetía una y otra vez. La primera vez que lo vi en mi casa desconfié de él, noté que no era trigo limpio. Es él. El hombre de la cicatriz en la cara, el amigo de

No pude acabar la frase cuando me volví y miré a mi padre. Él era cómplice de la muerte de aquel hombre. Miles de preguntas atesoraban mi cabeza, pero una se alzó entre las demás y la escupí como fuego.

- ¿Por qué motivo padre?- a la que le siguió otra aclaratoria-¿Por qué tú?

- No tuve más remedio que recurrir a esto- me respondió tajantemente y con un rostro pálido como el de la propia muerte- No he luchado durante todos estos años para que un solo hombre tire por tierra todo el orden que hemos creado. La justicia se tambaleaba ante el ascenso de este tirano. No podíamos permitirlo, y sé que nuestra acción, aunque cobarde, está llena de carisma, fuerza y de valentía. Oyes bien, valentía, no hay acción más valiente que la que se antepone a la injusticia; y que está por encima de la valía de los grandes emperadores y militares que sacuden con fuerza a los pueblos enemigos. Este el camino que hemos de tomar los hombres libres, sacrificarnos para que la justicia y el orden sigan impasibles, y que las generaciones venideras lo perpetúen.

Su rostro ya no mostraba indecisión sino seguridad en sí mismo. Sus palabras me llenaron de tal fuerza que tuve fe ciega en él. Sé que su acción podía parecer detestable; pero no. Era un hombre cabal y que no se dejaba llevar por la venganza ni por la angustia; si había hecho todo esto no era para procurarse una vida mejor ni más cómoda, qué va, si no por procurárnosla a nosotros, al pueblo emeritense. Con ello, dio ejemplo de sacrificio, sacrificio por unos ideales, por unos ideales por los cuales había decidido arriesgar su propia vida. No podía aceptar vivir bajo un gobierno que llevase a su pueblo a la decadencia, a la precariedad, a la ansia de poder, a la mala gestión.

Brotaron de mis ojos las lágrimas, y fue en ese preciso instante, cuando la voz de Valerio se hizo sonar entre las demás.

- Los traidores deben morir- maldecía mientras la sangre encharcaba sus pulmones y brotaba por su boca- Quinto Casio Scapula ha de morir.

No terminó de pronunciar por completo la frase cuando un lanza atravesó el pecho de mi padre ante mi mirada atónita y la de mi madre. El dolor se adueño de nuestras almas. Era tan el dolor que no pudimos ni siquiera romper a llorar. Cogí sobre mis brazos a mi padre. El me esbozó una leve sonrisa y me dijo sus últimas palabras:

- Recuerda que tú y yo hemos hecho un juramento, y no vas a negar un último deseo a un hombre moribundo, ¿no?-sus palabras parecían desvanecerse con el viento.

Asentí desconsolado.

- No debéis preocuparos por mi, voy a un lugar mejor; y juro por todos los dioses que os aguardaré en la vida eterna. Solo prométeme que cuidarás de tu madre, prométemelo.

Conseguí arrancar fuerzas de flaqueza y le miré a los ojos.

- Lo juro. Nunca defraudaré tu palabra.

Y tras escucharlo sus ojos se cerraron dando paso a la eterna oscuridad. Todo cambiaría desde este momento, lo tenía claro, pero sabía que, pasase lo que pasase, el siempre me acompañaría en mi largo camino. Y alzando mi voz grité por última vez.

- Lo juro, padre. Dedicaré mi vida a perpetuar tu noble espíritu, aunque me cueste la propia vida.